

montículos de cierta elevación y daban de lejos la impresión de dos ciudadelas rivales.

La una estaba habitada por los hermanos Blackbaern, ingleses llegados de Australia algunos años antes.

La otra pertenecía al Señor Pedro Josselin, cuyo nombre indica suficientemente su nacionalidad y que, habiendo abandonado la Francia á raíz de los acontecimientos que vamos á referir, se hallaba ya establecido sobre las márgenes del Sterkstrom cuando sus vecinos vinieron á plantar allí sus penates.

La propiedad del señor Josselin era una hermosa granja, construída de un modo algo primitivo, es verdad, pero muy confortable y situada en la ladera de una vasta extensión de terreno, que, con grandes esfuerzos roturados, ofrecían en la actualidad un excelente aspecto.

Componíase de un espacioso cuerpo de habitaciones construído sobre montones tomados al torrente, y, ¡luzo inopinado en estas comarcas! cubierto de un techado de tejas rojas. Alrededor de esta construcción que, por su estructura, revelaba las bellas alquerías lemosinas y normandas, se alineaban los retretes, los corrales, los establos y las casas de los criados. El aspecto general de la construcción tenía algo de coqueto y de risueño, que anunciaba á no dudarlo, el desahogo y la prosperidad.

La habitación de los Blackbaern no era más que un sencillo pabellón edificado en pequeñas planchas apenas igualadas, cubierto de tela ondulada y unido por una doble empalizada á un «kraal», especie de cercado en que vivían en la más repulsiva promiscuidad una veintena de negros empleados por los dos hermanos en los trabajos de las minas de oro que explotaban.

Notable contraste: aquí todo denunciaba el desorden y la incuria; montones de inmundicia habían sido depositados y acumulados á lo largo de los tabiques, una balsa infecta se podría ante el «verandah», las ventanas carecían de vidrios y en el interior del pabellón, compuesto de tres piezas, reinaba una suciedad repugnante.

La casa era digna de sus moradores. Aunque muy próximos vecinos—no había

más que tres kilómetros entre las dos habitaciones—, las relaciones entre los ingleses y los franceses nunca habían sido cordiales.

El Señor Josselin había tenido razones para obrar así.

De primer intento había reconocido el carácter egoísta y el espíritu cauteloso de los dos hermanos; en sus miradas había leído que no serían escrupulosos en los medios que empleasen para enriquecerse, y, prudentemente, había permanecido en actitud espectante.

El francés no se había engañado en el juicio que fácilmente había formado de la moralidad de los dueños de la mina, los cuales no tardaron en adquirir, en la región, una reputación de las más abominables.

Su mala fe se hizo legendaria, refiriéndose cosas increíbles sobre la manera como trataban á los desgraciados negros que trabajaban bajo sus órdenes.

Lo que va á seguir demostrará, por lo demás, hasta qué extremo podía llegar la ferocidad de aquellos individuos.

Una tarde de Abril de 1889, acomodados alrededor de un tronco de un árbol convertido en velador é instalados bajo la cortina que formaba «verandah» ante el pabellón, los hermanos Blackbaern hablaban de sus pequeños negocios, sin dejar de lanzar grandes bocanadas de humo de sus pipas, que hubieran podido creerse engarzadas á sus mandíbulas; si de vez en cuando no las sacasen de la boca para dar copiosos avances á una redoma de ginebra, de volumen capaz de hacer recular al más fuerte bebedor de Bou-Street ó de Witte-Chapel.

Aunque en lo moral tuviesen los dos Blackbaern el mismo valor, presentaban, en lo físico, un muy curioso contraste.

Con su estatura que sobrepasaba en mucho á la mediana, su cráneo coronado por un enjambre de cabellos rojos, su barba hirsuta, su pecho levantado, sus temibles músculos, sus ojos glaucos, llenos de estrabismo y casi á flor de cabeza, Jim, el mayor, era una especie de coloso cuya magnífica talla no hubiera amedrentado á una asamblea de luchadores de oficio, pero del que huiría con pavor cualquier viandante